

INTRODUCCIÓN

El forcejeo por el dominio mundial de la época colonialista empezó a cambiar cuando surgieron como potencias primero la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1918¹, los Estados Unidos de América después de la Segunda Guerra Mundial en 1945², y la República Popular China en 1948.

La nueva estrategia implementada por las potencias nos hizo creer que no tenían interés en adueñarse de la riqueza de nuestros estados. Unos dijeron que éstas sólo buscaban evitar que cayéramos en la explotación capitalista y los otros en la esclavitud comunista. Cada uno sostuvo que su sistema llevaría grandes beneficios a los habitantes de nuestros países, y de esta forma nos soliviantaron, constituimos bandos, peleamos entre nacionales y pusimos los muertos.

Al final, una de las potencias triunfó, se adueñó de los recursos naturales y servicios, y controló el gobierno mientras que los nacionales seguían en la miseria. En fin, la situación política seguía siendo colonialismo pero con Naciones Unidas. El resultado: la explotación del hombre por el hombre se ha perfeccionado, no se ha terminado.

La soberanía de un estado y su igualdad en derecho pregonado por la diplomacia, se ha tornado una burla.

El avance revolucionario comunista, iniciado en el siglo XIX, inclinó la balanza hacia las dictaduras marxistas. ¡El mapa del mundo se cubría de rojo en los 70! El avance colonialista comunista estaba en su apogeo.

La escalada nuclear del siglo XX, llamada MAD (siglas en inglés, Destrucción Mutua Asegurada en español), llegó a niveles de locura, dado que la capacidad nuclear desarrollada por las potencias militares era capaz de destruir la Tierra decenas de veces. El derroche de dinero en esa loca carrera armamentista, lo justificaban argumentando buscar “la disuasión” sin importar que el resto del mundo muriera de inanición.

Pero en forma paralela al armamentismo nuclear, se llevaban a cabo desde los años 60 las llamadas guerras de liberación o de baja intensidad; el baño de sangre se dio en África, Asia y Sudamérica. La desolación, muerte y miseria crecían en el mundo. Las tropas de las grandes potencias se arriesgaron poco o nada, mientras los locales eran incitados a matarse unos a otros.

Para los salvadoreños, en general, estas noticias no eran de preocupar. Los hechos se sucedían en lugares remotos; jamás les cruzó por la mente que semejantes atrocidades pudieran darse en El Salvador. Incluso el régimen de Fidel Castro, en Cuba, se entendía como un suceso lejano, y la presencia de la CIA (siglas en inglés, Agencia Central de Inteligencia, en español, de los EE.UU.), en El Salvador era conocida por pocos, y su función por menos.

La política de seguridad nacional que los Estados Unidos mantuvo durante décadas, se debilitaba. El presidente Richard Nixon renunció a la presidencia el 8 de agosto de 1974, y se hizo más evidente la inminente pérdida de la guerra de Viet Nam. El avance internacional de las hordas rojas se consolidó, y la llegada de James Carter a la presidencia de ese país en 1977, puso fin a la política de seguridad nacional vigente.

Sin duda, el negocio para los países fabricantes de armas fue muy próspero en esa época. El mantener a países subdesarrollados —enfrentados en medio de guerras de baja intensidad, liberación, terrorismo o como se les quiera llamar— les aseguraba ganancias extraordinarias y empleos a sus sociedades. Pero para los pueblos en los que estas guerras se desarrollaban, el resultado era sólo miseria, destrucción, esclavitud y muerte, además del éxodo de su gente más competente. La perspectiva de estas empobrecidas naciones africanas, asiáticas, europeas o americanas, era sólo el retroceso en aspectos culturales, morales, económicos y sociales, además de ver crecer su endeudamiento y dependencia externa de las potencias.

Cabría preguntarse: ¿estas guerras tenían origen en la lucha ideológica sustentada por las grandes potencias, o en su necesidad de expansión? ¿Se habían convertido en parte del negocio de los grandes fabricantes de armas, o de quienes creen vehementemente en la necesidad de reducir la población? ¿O eran verdaderas guerras

3 *La Prensa Gráfica*, 25 de enero de 1932. Artículo encontrado en el *Libro de Diamante*, editado por Dutriz Hermanos (San Salvador: Gráficos y Textos Avenida España, 1994), pág. 210.

4 *La Prensa Gráfica*, 1 de febrero de 1932, del *Libro de Diamante*, pág. 210.

civiles?

El Salvador, país centroamericano geográficamente ubicado sobre el ecuador, sufrió en 1932 el primer levantamiento comunista en América (entiéndase por América, el continente americano). El 21 de enero de 1932, se abortó un complot con la captura de líderes comunistas, y se decomisaron bombas, mimeógrafos y material subversivo. El abogado extremista Farabundo Martí se aprovechó de la inconformidad de los indígenas que se veían despojados de sus tierras, agobiados por la mala situación económica (bajos precios del añil y el café), y el 22 de enero de 1932 los lanzó contra humildes propietarios de tierra en diferentes municipios del occidente y centro del país. El 23 de enero, el supremo gobierno dio de alta a todos los que deseaban combatir el comunismo. El día siguiente se hicieron retroceder a los terroristas de Ahuachapán, Sonsonate y Colón. El 25, tropas inglesas pretendieron desembarcar y el general Bran evitó el desembarco. Los municipios de Juayua, Izalco, Tacuba, Teotepeque, Zalcoatitan, Nahuizalco y Colón fueron controlados el lunes 25 de enero.³ Los hechos resultaron en un cruento baño de sangre.



El levantamiento indígena cobró la vida de cientos de familias de pequeños agricultores, y esta acción al final debió ser reprimida por la Fuerza Armada, al mando del general Maximiliano Hernández Martínez (El brujo de las aguas azules), que gobernó de 1932 a 1944.

El líder indígena Feliciano Ama fue ahorcado en Izalco el 29 de enero, y el 1 de febrero fueron fusilados Martí, Luna y Zapata,⁴ universitarios que pretendían dirigir el alzamiento indígena. Desgraciadamente, los hechos se tornaron fuera de control, y muchos de los indígenas fueron masacrados sin culpa. Las bajas, aunque no confirmadas, se establecieron entre los cuatro mil⁵ y treinta mil.⁶ A esto hay que agregar, además, la pérdida casi total del origen e identidad cultural de El Salvador.

Esta lección de historia y sus causas internas se han ocultado, y los que ostentaban el poder económico en la época del 32, fueron los más beneficiados. Al final del conflicto, culparon de lo ocurrido sólo

5 Enrique Altamirano, ed., *Centuria: Los Hechos y Personajes del Siglo XX en El Salvador*, (San Salvador: Haff-Daugherty Graphics, 1999), pág. 38. Cita de investigadores del *Diario de Hoy*.

6 Equipo Maíz, *La Historia de El Salvador*. (San Salvador: Asociación Equipo Maíz, 1995)

7 Jeffery M. Paige, *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America*. (Cambridge: Harvard University Press, 1997).

a la causa externa: el comunismo.⁷

Es importante recordar que bajo la aparente calma de la vida cotidiana, en El Salvador los grupos terroristas actuaban desde los 60. Durante esta década, Fidel Castro lanzó OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) con el apoyo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Esta organización propugnaba la toma del poder en Latinoamérica por la vía violenta. La llamada “guerra sucia” se llevaba adelante en dos frentes, en el político y en el militar.

En los años 70, el poder económico siguió siendo prerrogativa de las mismas familias que en 1932. ¿Y quizá sus nuevas generaciones no previeron la posibilidad de un nuevo conflicto? ¿O será la causa de los acontecimientos de violencia en los 70, el que no se tuviera acceso a documentos históricos porque se destruyó toda la evidencia de los sucesos de 1932? ¿Será que los abuelos y tatarabuelos ni aprendieron ni transmitieron la lección del 32 a sus herederos, y con esa manera de actuar, permitieron que la historia se repitiera?

La evidencia histórica salvadoreña muestra, entre otras cosas, que muchos de los grandes capitales surgieron de ostentar la presidencia de la república, y otros capitales se consolidaron sirviendo a esos intereses. Desde esa época, ellos, el gran capital, se servían de la Fuerza Armada para asegurar el disfrute de sus privilegios, monopolios y oligopolios, y esa miopía o propósito llevaría a los salvadoreños, 38 años después, a una nueva cruel e inútil confrontación entre hermanos.

Vivía El Salvador en los años 70 bajo un régimen militar, considerado por la política de seguridad nacional de los Estados Unidos como aliado anticomunista, ya que servíamos a sus intereses. En el resto del mundo, la dinámica de los movimientos revolucionarios y la pobreza mundial hacían que los Estados Unidos perdieran terreno en su frente externo—sus aliados, los países “alineados” eran superados en número por los llamados “no alineados”, y en su frente interno, las protestas contra la guerra en Viet Nam y su posterior retiro militar, los condujo a que los derechos humanos se perfilaran como la nueva política de seguridad nacional.

Para seguir adelante y comprender mejor lo que acontece en esta historia, es necesario reconocer que algunos miembros dentro de los grupos de izquierda y derecha tenían ideales sanos, y estaban decididos a trabajar y morir por ellos. En absoluto percibieron que sólo fueron usados como marionetas y que contribuyeron a mantener a los trabajadores de las fábricas de armas de las grandes potencias, a las oligarquías dominantes y al nuevo avance colonialista.